

mente, la historia de los impugnadores de esa misma Iglesia, que lo es de la mentira y la maldad en pugna con el bien y la verdad, no viene á ser más que el relato de la estéril lucha del egoísmo con la caridad, del mezquino amor del hombre con el generoso amor de Dios.

13. ¡Ah! cristianos, ¡qué bella sería la tierra, con todo y ser valle de lágrimas, vivificada por el dulce sople de la caridad! No podrían, es cierto, desterrarse todas las miserias que la aquejan, ni enjugarse todas las lágrimas que la empapan, porque las lágrimas y las miserias son el patrimonio de la humanidad proscripta y degradada. No podría tampoco extirparse el error y el pecado, porque errores y escándalos habrán de manchar el mundo hasta la consumación de los siglos, según está escrito¹; pero ¡ah! sobre la suma de las humanas miserias rebosaría el torrente de los beneficios amontonados por la mano omnipotente de la caridad, y á despecho de las sombras del error, y por entre las tinieblas espesas de la maldad del hombre, abriríanse paso triunfante los rayos bienhechores del amor de Dios y del amor del prójimo.

Concluyamos. La caridad es la propaganda de la verdad, el apostolado de la virtud, el espíritu de sacrificio, el impulso civilizador, la vida divina en el hombre y, por decirlo en breve, el genio inmortal del cristianismo. ¿Hay esperanza de salvación para el mundo devorado hoy en día por la corrupción y la miseria? Pues, si la hay, no se cifra en otra base que la caridad. Por ella, esto es, por el mandato nuevo, se renovó una vez la faz de la tierra, gangrenada hasta la

¹ Luc. 17, 1.

medula de los huesos por la corrupción pagana. Por ella también se renovará otra vez y otras ciento, siempre que el abismo de las humanas miserias invoque en su favor el abismo aun más profundo de las misericordias divinas. Así sea.

SEGUNDO SERMÓN DEL MANDATO

(predicado en la Catedral de San José de Costa-Rica, 1890).

Mandatum novum do vobis.

Un mandamiento nuevo os doy.

Io. 13, 34.

1. La imponente ceremonia que con religiosa emoción acabamos de presenciar, es ciertamente de lo más magnífico y significativo que posee nuestro admirable culto, lleno como está de riquezas y magnificencias. ¡Qué es ver á los grandes de la tierra, á los que el vulgo adora como dioses¹, postrados ante la pequeñez y la miseria! ¡Los supremos poderes abatidos voluntariamente ante la debilidad, la ancianidad ó la inocente niñez! ¡Reyes y magistrados, jefes de las naciones, y hasta príncipes de la Iglesia besando humildemente en presencia del pueblo los pies de los mendigos! Cuando esto vió el mundo por la primera vez, ¿qué impresión creéis que debió de producir tan extraño, tan incoherente espectáculo? ¿qué debió de pensar la sociedad pagana á vista de semejante conducta, sino lo mismo que pensó cuando por vez primera le fué anunciado el misterio de la cruz²? «¡Locura, insensatez! ¡Es una burla,

¹ Ex. 22, 28.

² 1 Cor. 1, 23.

un sarcasmo! ¡Han perdido el juicio! ¿Qué linaje de religión es éste? ¡Ah! mis amados oyentes: Nosotros sabemos bien lo que es y lo que significa la augusta ceremonia del *Lavatorio de los pies* en este día clásico del cristianismo. Sabemos que es el culto público de la divina caridad de nuestro Señor Jesucristo: el homenaje tributado por la sociedad cristiana á la virtud cristiana por excelencia, la humildad; en resumen, el fiel y exacto cumplimiento del mandamiento nuevo impuesto á la regenerada humanidad por el Legislador antiguo y nuevo, por el que dió la Ley en el Sinaí y la ratificó en el Calvario. *Mandatum novum do vobis...*¹ *Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos á otros como yo os he amado.* ¡Sublime mandamiento! ¡Precepto incomparable! ¡Amarnos mutuamente como Dios mismo nos ha amado, sabiendo que por amor nuestro se ha hecho Dios hombre, y ha vertido toda su sangre y ha dado la vida en la cruz...! ¿Quién, que no fuera Dios, habría podido trazar tan sublime dirección á la caridad, proponiéndole una norma semejante? El hombre amaba al hombre por instinto y por razón; que también la fiera ama á la fiera, y la semejanza de naturaleza engendra la atracción, la simpatía entre los seres². Pero ¿hubiera jamás adivinado el hombre que esa ley de la naturaleza moral debía trasformarse en ley de perfección universal y suprema, en palanca de todo bien obrar, en instrumento de la conversión del mundo?

2. Porque tal es, cristianos, la verdadera caridad, la caridad según el evangelio. Sin ella el hombre es nada³: con ella lo es todo, porque sola ella basta para

¹ Ubi supra.

² Eccli. 13, 19.

³ I Cor. 13, 2.

dar lleno á todos los preceptos¹. Ella enaltece el espíritu humano hasta un ideal de perfección divina, porque *Dios es caridad, y quien permanece en caridad, está en Dios.* Así el Apóstol del amor². Pero tan alta virtud no podía subsistir en pie, ni aun levantarse sino sobre el cimiento profundísimo de otra virtud que es condición indispensable de toda virtud, como de todo mérito verdadero, la humildad; y, como quiera que esta condición no podía llenarla por sí sola la humana flaqueza, impotente por el orgullo para edificar nada grande y sólido, fué preciso que todo un Dios Encarnado nos diera el apoyo de su ejemplo efficacísimo, humillándose al extremo que hoy lo vemos en el Lavatorio de los pies á los Apóstoles. Y aquí tenéis el orden de ideas y enseñanzas que naturalmente brotan de la expresiva conmemoración evangélica á que en este día, por tantos títulos venerable, nos invita la Iglesia. En resumen, la caridad, la humildad, y el ejemplo de una y otra que nos da Jesucristo, ved ahí el objeto de vuestra atención en este tarde.

I.

3. ¡La caridad! he aquí el mandamiento nuevo: he aquí el compendio y cifra de la nueva Ley. En efecto, no cabe duda que á la caridad se refería el divino Legislador cuando decía al mundo, representado en el Cenáculo por doce pescadores: *Mandatum novum do vobis*, como terminantemente lo declaran las siguientes palabras: *que os améis mutuamente, como yo os he amado*³. ¡Oh, y cómo se complace el Salvador en repetirlo y recalcarlo, después de haberles encarecido su

¹ Col. 3, 14.

² I Io. 4, 16.

³ Io. 13, 34.

amor, y la obligación de corresponder á su excesiva ternura, guardando sus mandamientos!¹ *Éste es mi precepto*, dice: como si dijera, mi mandamiento por excelencia; y todavía, cual si no fueran bastantes tan repetidas declaraciones, torna á repetir con todo el peso de una autoridad soberana: *Hoc mando vobis*: Mirad que os lo ordeno y mando, que os améis unos á otros². Por eso el dulce Apóstol, fiel depositario de los secretos íntimos del corazón de su querido Maestro, no cesaba de amamantar á sus discípulos con esta leche suavísima de la caridad, repitiendo á cada instante: *Hijitos míos, queridos míos, amémonos unos á otros*³; porque *el que no ama* como Jesús lo ha ordenado, no vive la vida de los justos, *está muerto* para Dios⁴. *Dios está en aquél que permanece en caridad*⁵. Pero ¿á qué fin presentar otras pruebas de una verdad tan evidente como universalmente reconocida, no sólo por la Iglesia, heredera legítima del espíritu de Jesucristo, sino por todos cuantos poseen la más somera noción de la doctrina evangélica? Todos saben que el evangelio es el código de la caridad, y la disciplina cristiana es la disciplina del amor en su más acendrada pureza. De aquí resulta que la caridad es el sello y distintivo de los discípulos de Cristo, de los verdaderos cristianos; sello brillante, esplendoroso como un rayo de la faz de Cristo reflejado en la frente del cristiano. Así lo predijo á sus discípulos el mismo Autor del gran precepto, cuando les anunció con la seguridad de quien es dueño de la ciencia de lo futuro: *Por esta señal reconocerán los hombres que sois los alumnos genuinos de mi escuela*,

¹ Io. 15, 9, 10.² Io. 15, 17.³ I Io. 4, 7.⁴ I Io. 3, 14.⁵ I Io. 4, 16.

*por el amor que os profesaréis mutuamente*¹. En efecto, práctica tan nueva en el mundo como la de este efecto puro y sobrenatural, argüía doctrina nueva y nunca oída.

4. No era, pues, necesaria otra predicación que la práctica de la caridad; y sin ésta toda otra predicación habría resultado estéril y sin fruto. Guiados por esa antorcha luminosa de la caridad, como los Magos por la estrella de Jacob, pudieron los pueblos que yacían en tinieblas, descubrir el centro de toda verdad, la gran revelación de Jesucristo, la puerta de la salvación²; y, como consecuencia necesaria, el verdadero camino de la civilización y la cultura. La caridad, inflamando los pechos apostólicos, brotando de sus labios á manera de centellas de amor y de verdad, brillando en todas sus acciones, no pudo menos de atraer hacia sí las miradas atónitas de la sociedad pagana, la cual, deslumbrada y vencida por la magia de aquel nuevo meteoro del mundo sobrenatural, vino gozosa á rendir el tributo de su adhesión á la nueva doctrina y de su amor entusiasta á la ley del Redentor, con todo y ser ley de abnegación y sacrificio. ¡Tales fueron los triunfos de la caridad desde su aparición entre los hombres! Tales serán siempre, como lo fueron hasta aquí, porque ella es compañera inseparable de la Iglesia, contra la cual se estrellarán las soberbias puertas del infierno³; y de la caridad está escrito: *que es fuerte como la muerte y dura como el infierno*⁴. Por la caridad, como por su propia contraseña, se da á reconocer en todo tiempo y lugar la verdadera y legítima Esposa del Cordero inmaculado, la única Iglesia de Cristo, como la única institución, la

¹ Io. 13, 35.² Io. 10, 9.³ Matth. 16, 18.⁴ Cant. 8, 6.

única escuela que posee, no sólo la práctica y el uso de todo género de obras de beneficencia, sino, lo que más es, el genuino y puro espíritu de la caridad, bebido en los manantiales del costado del Salvador.

5. Y ¿habrá quien se maraville de los efectos portentosos de esta virtud, conociendo medianamente su maravillosa excelencia? ¿Qué lengua de hombres, ni aun de ángeles, bastaría para declararla dignamente? Bien puede atribuirse á la caridad la conversión del mundo, supuesto que ella sola basta para obrar la santificación de las almas. Es el Espíritu Santo el santificador de todas ellas; pero no las santifica sino por la infusión de la caridad, según aquella afirmación del Apóstol: *La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*¹. ¡Qué dádiva, hermanos carísimos! Pues bien, este don sobre todo don, el Espíritu Santo, se nos da siempre junto con la caridad. No extrañéis, pues, que el mismo Apóstol llame á esta virtud la mayor de las virtudes teologales². Y el príncipe de los Apóstoles, San Pedro, después de habernos recomendado la prudencia y la vigilancia en la oración, añade: *Pero ante todo profesaos mutua y continua caridad unos á otros, porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados*³. Estas solas palabras bastarían para hacernos concebir la más alta idea de la excelencia de la caridad. Porque aquí se trata, según la obvia y natural interpretación, seguida por San Agustín y otros muchos santos Padres, de la caridad entre los hombres, y no precisamente de la que

¹ Rom. 5, 5.

² Maior autem horum est caritas (1 Cor. 13, 13).

³ 1 Petr. 4, 8.

tiene por objeto á Dios, sino de la que se refiere al prójimo, de la caridad fraterna; y de ésta dice San Pedro que *cubre y borra todos los pecados*¹. Y no debe parecernos increíble esta prerrogativa, si consideramos que el amor del prójimo, siendo sobrenatural y verdadero, nace de la caridad de Dios, la cual tiene virtud propia para borrar y destruir en el alma donde habita todos los pecados, santificando al hombre con la gracia, de donde se deriva la perfecta contrición. No debemos, pues, separar estos dos actos de una misma caridad, el amor de Dios y el del prójimo, que son, en sentir de San Agustín, como los dos pies con que camina esta virtud: con ambos á dos, pero no con uno solo de ellos, se va corriendo á Dios². La caridad del prójimo, separada del sobrenatural amor de Dios, es manca y falsa caridad. ¿Qué juzgaremos de aquella otra mal llamada caridad, de que ordinariamente se jactan los mundanos que menos la poseen, del amor al hombre por razón del hombre, por natural inclinación de los seres hacia sus semejantes, por egoísmo y mal disfrazado amor propio? ¡Ah! cristianos, guardémonos muy bien de confundir con estos mezquinos sentimientos, que apenas merecen el nombre de virtudes, aquélla de que vamos hablando, que es el amor al hombre en Dios y por razón y respeto de Dios, por cuanto lleva en sí la doble imagen del Criador y del Redentor, y porque Jesucristo quiere que nos amemos unos á otros, á la manera y con la perfección que Él mismo nos ha amado á todos. Á este sentimiento nobilísimo y verdaderamente cristiano pertenecen todas las excelencias y prerrogativas

¹ *Corn. a Lapide*, Comment. tom. X.

² *S. Aug.* in Ps. 33, apud *Corn. a Lapide*.

de la caridad. Pero ésta, como vais á ver en seguida, tiene por base la humildad, cuya clave sólo la Iglesia católica posee.

II.

6. El mundo de las modernas doctrinas, esto es, el mundo revolucionario que hoy combate con tenaz encarnizamiento la tradicional enseñanza de la Iglesia, no rehusa, á pesar de su inquina contra todo lo que es cristiano, tributar encomios y culto público á la divina caridad. Si durante algún tiempo, en la exaltación de su fanatismo, ha podido avergonzarse de su nombre, sustituyéndolo torpemente con otros que nunca hicieron gran fortuna, al cabo ha tenido que reconocer con nosotros la propiedad de la expresión y, sobre todo, la alteza del concepto expresado por la sublime palabra «caridad». No dudo que esa escuela orgullosa y bien pagada de sí misma, que se cree ó afecta creerse llamada á reemplazar la vieja civilizadora del mundo, el cristianismo, escribirá donde quiere en grandes caracteres de oro esa mágica palabra que, después de todo, no le pertenece ni podría asimilarse jamás. Y ¿sabéis, amados fieles, por qué razón el mundo no puede poseer la caridad? Por lo que dejo asentado en la segunda parte de mi proposición; porque la caridad marcha siempre abrazada con la humildad, y esta virtud es tal vez la más odiosa para el mundo, como la más contraria á su espíritu, la más impracticable para sus secuaces. Para comprender esta verdad basta fijar la atención en la amplitud del objeto que abraza esa virtud altísima y fecunda, creada por el mandamiento nuevo del Dios del evangelio. De ese concepto nace la extensión inmensa de su órbita y el arranque poderoso

de su genio de gigante. En efecto, ¿qué pensáis, cristianos, que es la caridad, según su genuino carácter evangélico? ¿Es acaso distribuir de cualquier manera socorros al indigente? ¿es nada más que tender con desdén la opulenta mano al que perece de hambre y de miseria? ¿es solamente dar pan al hambriento y cubrir al desnudo, sin prestar al mismo tiempo consuelo al corazón oprimido, y lágrimas de compasión al infortunio? ¡Oh, nó! la caridad cristiana no procede por cálculo, sino por inspiración: no valúa sus dones por lo que son en sí mismos, sino por el amor con que los distribuye, y este amor no tiene límites; y por esa razón la pobre viuda y hasta el haraposos mendigo, ofrendando el óbolo de su mísero haber, pueden elevarse al rango de héroes de la caridad, lo mismo que la ilustre dama y el acaudalado caballero. ¿No recordáis cómo Jesucristo encomió la humilde ofrenda de la viuda del gazofilacio? *En verdad os digo que esta pobre viuda ha dado más que todos, porque ha ofrecido todo cuanto en su penuria poseía para alimentarse*¹. Pero la caridad no se encierra en el círculo de las dádivas materiales: no sólo da cuanto tiene, sino que hace todo cuanto puede. Mirad al Salvador, nuestro adorable Maestro: ved cómo atrae en torno suyo á todos los menesterosos, á los infortunados de todo linaje, al leproso, al pecador, al niño, á la oveja descarriada, diciendo: *Venid á mí todos los oprimidos de trabajos; venid, que yo os aliviare*². No le basta al buen Jesús enviarles de lejos sus socorros, quiere acercarlos á su lado, tenerlos junto á sí, consolarlos y curarlos por sus propias manos. Estudiad á los grandes imitadores de Jesucristo, á Pablo, Fran-

¹ Marc. 12. 43. 44.² Matth. 11, 28.

cisco Javier, Juan de Dios, Vicente de Paúl, y tantos otros, y en ellos veréis personificado el verdadero espíritu de la caridad cristiana que se anida en el seno de la verdadera Iglesia.

7. Pero, siendo el espíritu de Jesucristo todo humildad y mansedumbre, según sus propias palabras: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*¹, es cosa clara que la caridad y la humildad se dan la mano, y que no puede existir la una sin la otra. La caridad, ya sea en su ejercicio, ya en su intención, exige frecuentemente humillaciones, y siempre y en todo caso inclinación al propio menosprecio. Dios mismo para llevar á cabo el exceso de su amor al hombre, para salvarle de la eterna perdición, ha tenido que descender de las alturas de su trono hasta el abismo del anonadamiento; pues, como enseña el Apóstol: *Existiendo en su forma de Dios... anonadóse á sí mismo, tomando la forma de esclavo y pecador*². Bajó, pues, hasta el fondo de nuestra corrupción, hasta tocar nuestras heridas para cicatrizarlas con su contacto divino³. Y ¿qué fuera de la salud del mundo sin el prodigio de la humillación de un Dios? Desengañémonos, pues, amados fieles: si nuestra caridad ha de ajustarse al divino modelo que se nos ha mostrado, si hemos de cumplir el mandamiento nuevo de amarnos *del modo con que Jesucristo nos ha amado: sicut dilexi vos*, es preciso que aquella vaya acompañada y sostenida por la humildad; porque *no es el siervo de mejor condición que su señor, ni el discípulo vale más que su maestro*⁴. Nadie puede amar de veras á su prójimo, si no se resuelve á menospreciarse

¹ Matth. 11, 29.

² Phil. 2, 7.

³ S. Ambros., Serm. 1, 5 in Luc.

⁴ Matth. 10, 24.

á sí mismo. El espíritu orgulloso es incapaz de elevarse á las alturas de la caridad de Jesucristo.

8. La caridad y la soberbia están en polos opuestos, se destruyen mutuamente, siendo la primera el amor de Dios y del prójimo, llevado hasta el desprecio de sí, y la segunda, el amor de sí hasta el desprecio de Dios. Tal es, cristianos, el exacto y profundo pensamiento de San Agustín. La soberbia, monstruo de siete cabezas, se llama, según sus varias manifestaciones, presunción y vanidad, egoísmo, sensualidad y ambición. Y la presuntuosa vanidad claro es que se desdeña de nivelarse con los niños, ignorante con los ignorantes, plebeyo con las gentes del pueblo; y el egoísmo se estremece á la sola idea del sacrificio necesario para practicar el bien; y la sensualidad mundana y delicada se asusta y sobrecoge al aspecto repugnante de la miseria y el dolor; y, en fin, la torpe codicia de riquezas no abrirá nunca las puertas de su casa al golpear del mendigo que implora socorros pecuniarios. Ya lo veis: la soberbia de la vida humana opone obstáculos insuperables al ejercicio de la caridad. Y, penetrando un poco más en el fondo de estos vicios que destrozan el corazón humano, hallaréis que todos se derivan, como arroyos de una misma fuente, del desenfrenado amor propio, pasión que puede definirse: «la idolatría del hombre por el hombre.» He aquí, pues, cómo llega la soberbia hasta producir la rebeldía declarada del espíritu humano contra toda ley, contra todo yugo de autoridad que tienda á dominarle ó á coartar lo que él llama sus derechos; de consiguiente, hasta contra el yugo de la ley divina que avasalla sus pasiones. Mirad á la soberbia irguiéndose impía y descarada contra el mismo Dios. La Ley dice al hombre racional: *Adorarás*

al Señor Dios tuyo, y á Él solo servirás¹; y el hombre desatinado por el orgullo contesta: ¿Quién es el Señor para que yo le sirva?² ¿Por ventura no me he hecho yo á mí mismo?³ La naturaleza ¿tiene Dueño ó Hacedor? ¿no ha nacido de sí propia? ¿no se rige por sus propias leyes, independientes de cualquier principio ó causa extraña? ¡No hay más Dios que la naturaleza! Y ¡yo soy en ella Rey y Soberano! Así habla y vocifera el insensato genio del orgullo en este siglo del materialismo ateo y de la autonomía de la razón. Y ¿se atrevería después de estos desvaríos sacrílegos á disponer ruidosos espectáculos en favor de alguna obra de misericordia? ¿No sería la pretensión más ridícula y absurda? ¿no sería la profanación de la santa caridad? El mundo, pues, no puede poseer esta virtud esencialmente cristiana y, como tal, esencialmente humilde.

III.

9. Mas ¡ay, que está demasiado infiltrado en el corazón del hombre ese virus del amor propio y la soberbia! ¿Quién será bastante humilde para ser en alto grado caritativo? Lo será, hermanos carísimos, aquél que pusiere los ojos en el divino modelo del Cenáculo, aquél que escuchare dócilmente sus lecciones. ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me apellidáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Si yo, pues, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, con mayor razón debéis vosotros prestaros mutuamente este servicio; porque ejemplo os he dado, para que hagáis también vosotros lo que me habéis visto practicar á mí⁴.

¹ Luc. 4, 8. ² Ex. 5, 2. ³ Ezech. 29, 3.

⁴ Io. 13, 12—15.

Sean, pues, cuales fueren las dificultades que oponga nuestro orgullo á la práctica de la caridad, todas quedan vencidas y anuladas por la fuerza del ejemplo de nuestro divino Salvador y Maestro. En efecto, no puede darse otro más eficaz, supuesto que es absolutamente convincente é irresistible. Para seguirlo basta ser cristiano, basta reconocer en Jesucristo al Maestro y al Señor; al Maestro único¹, dado por Dios al género humano para enseñarle toda verdad religiosa y moral, el camino de toda felicidad y grandeza, las condiciones de gloria y bienaventuranza: al Señor y Dueño soberano á quien debemos sumisión completa de todo nuestro ser, de nuestro albedrío y actividad, de nuestras facultades todas, como á Rey inmortal de los siglos, como á Jefe á quien el Padre Eterno, Criador del universo y árbitro absoluto de la suerte de todas sus criaturas, ha constituido heredero universal, en frase del Apóstol, habiendo sacado por él los tiempos del seno de la nada².

10. He dicho que el ejemplo de Jesucristo es convincente y persuasivo. Indícalo bastante la expresión del Señor: *Et vos debetis: Es un deber para vosotros seguir mi ejemplo.* El argumento que Cristo emplea aquí no puede ser más nervioso y concluyente³: «Yo lo he hecho, luego vosotros debéis también hacerlo: yo á vosotros, luego vosotros mutuamente.» ¡Oh, y con qué fuerza de lógica concluye de menor á mayor! ¿Cuándo pudo formarse argumento de esta clase que igualara en fuerza al del divino Maestro? Para eso era necesario que la distancia entre los dos términos de comparación fuese la misma que aquí, lo cual es imposible. ¿Qué

¹ Matth. 23, 8. ² Hebr. 1, 2.

³ Avancini, Medit. Sabb. Hebdom. sexag.

distancia, ni aun la del cielo á la tierra, iguala á la que media entre Dios y los hombres, entre Jesucristo y sus discípulos? El ejemplo de los que el mundo llama grandes, de los reyes y potentados de la tierra, ha ejercido en todos tiempos y países un influjo irresistible. Á ello contribuye, de acuerdo con la razón, el sentimiento mismo del amor propio. ¿Quién no quiere naturalmente engrandecerse? Y ¿á quién no le parece que lo consigue apareándose con los que realmente son grandes, ó siquiera son tenidos por tales en concepto de los demás hombres? Y ¿cómo igualarse con ellos sino por medio de la imitación de sus acciones?¹ Aquí tienes, pues, hombre ambicioso, exclama un piadoso escritor, el medio legítimo y santo de satisfacer tu ambición. ¿Quieres ser grande? Imita al que lo es sobre toda medida, al que es, no sólo rey, sino Rey de reyes y Señor de señores²; imita el ejemplo de humildad que te ofrece Jesucristo en el Cenáculo, lavando los pies á doce pobres y despreciables pescadores. *Sea tu camino*, dice San Agustín³, *Aquél que por ti se ha hecho camino, á fin de conducirte á Él por sí mismo.*

11. Pero el ejemplo de humildad que nos da Jesús en el Cenáculo, no sólo nos convence y nos obliga, sino que nos arrastra á seguirlo con la dulce violencia del amor. Si es afrenta verdadera para el cristiano afrentarse de seguir á Jesucristo, no sería menos ingratitud y villanía no hacer por amor al buen Maestro lo que él ha practicado tan sólo por amor á sus discípulos. Porque Jesús, lavando los pies á sus Apóstoles, les ha dado muestra inequívoca de amor y de ternura, dicién-

¹ *Nepveu S. J.*, Réflexions chrétiennes.

² Apoc. 19, 16. ³ *S. Aug.* in Ps. 90.

doles: *Si yo no os lavare los pies no tendréis parte conmigo*¹. Era, pues, menester purificarlos completamente lavando sus corazones de las más ligeras manchas, á fin de que mereciesen ser contados en el número de los suyos. La caridad, hermanos míos, obliga á Jesucristo á humillarse hasta el último extremo; y, si esta dulce llama llegase á prender en nuestros corazones haciéndonos sentir atracción irresistible á nuestro divino Salvador, y entrañable afecto á nuestros hermanos, la humillación perdería para nosotros todas sus dificultades. ¿Qué digo? hallaríamos tesoros de felicidad en practicarla. *Si alguno me ama*, decía el mismo Señor, *guardará mis mandamientos, y mi Padre lo amará, y vendremos á él y haremos dentro de él nuestra morada*². Y ¿cuál es su mandamiento, como acabamos de ver, sino el de la caridad? ¡Bienaventurado, pues, quien la practica, porque merecerá ser hecho habitación de la adorable Trinidad, de aquel modelo eterno y sublimísimo del amor unitivo! ¡Dichosa la humana sociedad, si llega á regenerarse mediante el principio de vida y de salud que encierra la caridad cristiana, apoyada en la humildad! Así sea.

PRIMER SERMÓN DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, el Viernes Santo de 1880).

Vere hic homo Filius Dei erat.

Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

Marc. 15, 39.

1. Nada mejor puede decirse en esta hora solemne en que con profundo recogimiento y tiernas lágrimas

¹ Io. 13, 8.

² Io. 14, 23.